

Martínez Medina, Santiago. 2021. *Anatomización: una disección etnográfica de los cuerpos*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 290 pp.

Camilo Castillo*

Linköpings Universitet, Suecia

Discutir las dimensiones sociales de la ciencia y la tecnología no suele ser un tema que anime debates acalorados en un país atravesado por diversas problemáticas como Colombia. Sin embargo, al momento de escribir esta reseña, y coincidiendo con escasas semanas para la posesión de un nuevo gobierno, el debate sobre la política de ciencia y tecnología para los próximos cuatro años demostró ser un escenario propicio para nuestra propia guerra de las ciencias: donde, entre ironías, burlas, insultos y acusaciones, la cuestión de la ciencia podía llegar a ser un asunto irreconciliable entre partes diametralmente opuestas, a propósito de si esta y sus hechos dependían o no de condiciones sociales específicas. En medio de ese escenario, *Anatomización: una disección etnográfica de los cuerpos* cumplió su primer año de publicación, siendo el recordatorio y antídoto que puede permitir zanjar nuevos caminos más allá de los lugares comunes en los que, usualmente, se empantanar y hundir las discusiones públicas y académicas sobre ciencia y tecnología. Este libro, bajo la autoría del antropólogo colombiano Santiago Martínez Medina, ejemplifica una de las formas contemporáneas de hacer etnografía dentro de las denominadas intersecciones entre antropología y estudios sociales de la ciencia. Su propuesta etnográfica es un análisis de prácticas que detalla aquellos eventos donde se hace el cuerpo como entidad para la anatomía. ¿Pero por qué *para* la anatomía? La razón es sencilla: porque la imagen convencional recibida sobre el cuerpo como una entidad trascendente, universal y singular tiene origen en esa rama de la medicina. Abrir posibilidades de hacer el cuerpo más allá de esa visión tradicional es el propósito del autor. Pero como muy

* Doctorando del Department of Thematic Studies (TEMA), Linköpings Universitet, Suecia. Su investigación explora los cruces entre estudios de ciencia y tecnología (STS) y antropología para estudiar prácticas científicas y campesinas en el contexto de la conservación de páramos en Colombia. Su trabajo actual está financiando por el fondo 990780 del Swedish Research Council (VR). Hace parte del Grupo de Estudios Sociales de la Ciencia, la Tecnología y la Medicina de la Universidad Nacional de Colombia (GESCTM) y del Grupo de Investigación en Estudios Agrarios y Campesinos del Sumapaz. ✉ camilo.castilloe@liu.se

pronto nos aclara, ese propósito no descansa en un afán por invalidar al cuerpo como anatomía, sino por entender cómo es que su composición en la práctica se organiza de tal manera que entidades y prácticas que le resultan elusivas son rechazadas y excluidas. Es el caso del *cuajo/descuaje* y de las sobanderas capaces de palparlo y reacomodarlo con sus manos para dar un agitado alivio a niños, desde hace décadas, incluido el autor de esta reseña durante su propia infancia. Además de antropólogo, Martínez Medina también es médico. Es su perplejidad ante lo imposible que resulta para sus manos tocar un cuajo, hecho en otro tipo de prácticas, lo que anima y despliega el argumento del libro. Volviendo sobre sus pasos por los anfiteatros y las lecciones de anatomía en dos universidades bogotanas o, mejor, por los recorridos de sus manos capaces de tocar hígados y no cuajos, el autor despliega en su libro un estudio ontológico de la práctica de la anatomía, es decir, a partir de una etnografía que considera las entidades que conforman el cuerpo en anatomización como resultado de acciones situadas específicas.

Como propuesta etnográfica modelada por su objeto, en este caso la anatomización, el autor organiza su argumento a través de cortes que, como en la práctica anatómica, dan forma al cuerpo del libro. Para entender en términos procesuales la realidad del cuerpo en anatomización, el autor apela a las figuras de los planos y pliegues siguiendo a Gilles Deleuze (1989) y Michel Serres (2005). Así, como indica Martínez Medina, el argumento de su libro se complejiza en la medida en que cada plano y pliegue se sobreponen. Para ello, el libro cuenta con tres planos donde se detallan los eventos etnográficos analizados en los anfiteatros de dos universidades bogotanas. Cada uno de esos planos está acompañado a su vez por tres pliegues, donde el autor junta al *cuajo/descuaje* con el cuerpo en anatomización e imagina cómo la etnografía puede ser el vehículo especulativo para abrir otras formas de hacer el cuerpo. Si bien el libro presenta cada plano y pliegue de manera intercalada, en adelante, voy a presentar primero los planos y después los pliegues, pues de esa manera puedo desarrollar de manera más clara la reseña y dar paso a los puntos críticos que me interesan al final.

“¿Cómo hacerse un cuerpo en anatomización?”, el primer plano, es de entrada el más detallado y extenso del libro. En este plano se desarrolla el análisis que permite entender el cuerpo en anatomización como el que resulta de prácticas sociomateriales específicas, es decir, como un efecto relacional. Este análisis, no sobra señalar, claramente contrasta con nociones clásicas que entienden el cuerpo como reflejo de una naturaleza corporal trascendente, independiente de las prácticas y condiciones en las que este se hace. Martínez Medina parte de una revisión histórica de los anatomistas del renacimiento, no para contar el típico relato lineal y progresivo sobre cómo se descubrió el cuerpo, sino sobre la invención de las prácticas que, explorando el interior del mismo, permitió el surgimiento de “la anatomía como ciencia y del cuerpo como anatomía” (32). Precisamente esa anatomía, indica el autor, ha sido más bien poco explorada en los intentos por entender socialmente las prácticas médicas. No se trata entonces únicamente de poner en situación el cuerpo

que se hace desde las ciencias médicas, sino también de ir más allá de los reduccionismos que, desde las ciencias sociales, aún asumen la anatomía como un asunto meramente natural y trascendente.

Pensar que con solo atravesar la piel se descubre la naturaleza del organismo humano es la primera idea que Martínez Medina nos invita a deshacer. El cuerpo en anatomización, como lleva a observar, es producto de las prácticas en las que emerge como materialidad en acción y no como una entidad esperando a ser desmembrada, descubierta, nombrada y traducida. Estructuras y entidades anatómicas surgen a partir del contacto de materialidades diversas que, en el movimiento coordinado de pinzas, manos y ojos, disecan y separan carne, grasa y fibras de un cadáver para producir el espacio material sobre el que se hace la anatomía donde, por ejemplo, ciertos tubos se vuelven arterias. Se trata del proceso mediante el cual se hacen maneras de recorrer y recorridos, llevados a cabo dentro de las coordenadas y planos de corte de la grilla de la posición anatómica, que permiten hacer el espacio al interior del cuerpo, sin el que sería imposible experimentarlo como anatomía. Pero Martínez Medina no se queda únicamente con esta reflexión, pues lo que para él resulta más importante es que dichas prácticas son las que hacen al cuerpo en anatomización de una forma particular, para que pueda recrearse una y otra vez sin muchas alteraciones en otros cuerpos y lugares.

La anatomización involucra entonces una forma de conocer que, lejos de levitar en representaciones mentales o en una naturaleza trascendente del cuerpo, se despliega por medio de contactos y recorridos donde se conoce haciendo. Además de ello, el cuerpo en anatomización también involucra una dimensión afectiva donde los estudiantes, en presencia del cadáver, deben aprender a sentir con sus cuerpos lo que este les permite y, así, ejecutar las tareas propias de la disección. Aquí, el autor introduce el concepto de *intra-acción*, siguiendo a Karen Barad (2007), para indicar que los sujetos y objetos de conocimiento no preceden a la relación en la que acontece el conocer, sino que surgen precisamente en ella y los *cortes agenciales* que produce. Con esta idea, Martínez Medina equipa su hacer etnográfico con una forma de entender la anatomía más allá del ejercicio de representar la realidad separada de sus prácticas. Es en estas y las relaciones que permiten establecer donde operan los *cortes agenciales* de los que surgen los cuerpos que anatomizan y los que son anatomizados. Como parte de ese flujo agencial, las entidades anatómicas están en continuo devenir (Deleuze y Guattari 2004). De esta forma, el cuerpo en anatomización, como sugiere Martínez Medina, deviene con manuales, escalpelos, pinzas, manos que disecan, ojos y demás elementos que en su *intra-acción* emergen en la anatomía. Es así como, por ejemplo, esquemas e ilustraciones permiten entender relaciones que no pueden hacerse en el cadáver, pero igualmente se requiere abrir el cadáver para hacer otras que no solo son posible hacer mediante ilustraciones. Sostener ese flujo entre materiales heterogéneos es lo que permite llevar la relación anatómica a otros cuerpos con los que se practicará la medicina, y constituye, según Martínez Medina, el éxito de la experiencia del anfiteatro.

Esta insistencia en la capacidad de llevar la anatomización a otros cuerpos recibe su mayor desarrollo en el segundo plano “¿Para qué hacerse con un cuerpo en anatomización?”. Aquí, la etnografía de Martínez Medina nos lleva a entender la anatomización como una experiencia que tiene la capacidad para aplicarse a lo desconocido o, en palabras recogidas de uno de los eventos etnográficos detallados por el autor, de la anatomía como una “*imagen que puede llevarse a todas partes*” (159). Aunque no se trata de una imagen que busca ser forzada para que coincida con el cuerpo del paciente, sino de una imagen como el *precipitado de experiencia* que le permite al médico hacer determinada estructura anatómica, por ejemplo, un nervio femorocutáneo, y responder a la variación de distintos cuerpos. Se trata, según el autor, de una imagen material y multi-topológica, es decir, que está entre papeles, cadáveres, libros, escalpelos y, por supuesto, en los dedos que reconocen nervios en fibras de cadáveres.

Ese carácter permite a la anatomía responder ante la incertidumbre y variación. Un evento notable, descrito por Martínez Medina, es el de un grupo de estudiantes en un proyecto que busca simular una intubación a través de la disección de un cuello. Sorpresivamente, el grupo se encuentra con una vena yugular extra que ni ellos ni su profesor logran reconocer ni con sus ojos ni en las ilustraciones y mucho menos en el *software* interactivo ADAM. Una variación, sin embargo, que tampoco precede a la anatomía, sino que se constituye como tal en el cuerpo anatomizado que la establece como diferencia e incluye en sus prácticas. Como nos relata el autor, esa yugular extra despierta una incertidumbre desaforada entre estudiantes y profesor, sin embargo, no es que esa sensación provenga de un saber incompleto. Por el contrario, en los anfiteatros las variaciones y anomalías son motivaciones en las que se orquesta la diferencia como una ocasión por descifrar, es decir, por inscribir esa vena yugular extra en el sistema de relaciones de la anatomía que se mantiene íntegro: con su grilla de coordenadas, dogma de posición y trazo de relaciones de contigüidad y continuidad entre la variante y el resto de las estructuras del cuello.

Abordar los excesos del cuerpo en anatomización, es decir, lo que está en los cuerpos más allá de la anatomía es el propósito del tercer plano “Excesos al cuerpo en anatomización”. Pero también lo es deshacer la obediencia con la que el científico social usualmente aborda los anfiteatros. Esto implicaría no dar por sentada la división que se asigna entre ciencias naturales que se dedican a la materialidad del cuerpo y ciencias sociales que estudian exclusivamente “actitudes, valores, e identidad profesional” (190) entre otros. Para este propósito, Martínez Medina encuentra una alternativa en el trabajo de Byron Good y Mary Jo DelVecchio (1993), quienes estudian las dimensiones fenomenológicas del conocimiento médico, incluyendo los sujetos y objetos de esa mirada, como también en el trabajo de Rachel Prentice (2013), más cercana a las problematizaciones ontológicas del cuerpo que interesan al autor. Esto se traduce en analizar cómo el cadáver no solo es un objeto, sino que también participa y media en ese aprender a ser afectado de ciertas maneras particulares que compone la práctica anatómica. Aquí la etnografía se vuelve un análisis de la

relación entre cadáver y estudiantes cuando suceden cosas inesperadas que exceden a la anatomía, es decir, donde el cadáver deja de ser simple materia residual de la muerte y cuya materialidad se pone más allá de los límites establecidos por la relación anatómica. Martínez Medina se apoya en la propuesta materialista de Jane Bennett (2010) y lo que ella denomina *vitalidad de la materia*, para cuestionar la división no problematizada que en ciencias sociales asume la relación anatómica como aquella entre un sujeto que conoce y un objeto que es conocido y manipulado a voluntad del primero. Esa *vitalidad* cobra sentido en la etnografía de Martínez Medina cuando aborda distintas irrupciones del cadáver como materialidad con la capacidad para actuar en determinadas circunstancias de la práctica anatómica. A través de ellas, el autor nos muestra que el cadáver también es materialidad que desborda la anatomía y enseña al estudiante por medio de huellas de la vida previa como olores, uñas pintadas, tatuajes y un largo etcétera. Estas irrupciones, donde el cadáver desubica, aturde y punza, son las que brindan el espacio etnográfico a Martínez Medina para profundizar en su noción de la anatomía como práctica de exploración que, a diario, se sumerge en lo incierto y donde la cuestión sobre la agencia, es decir, sobre qué o quién actúa, debe concebirse en esa zona de contacto o relación donde se hace anatomía.

Como describí al inicio de la reseña, a cada plano del libro le acompañan tres pliegues que se encargan de dos propósitos. El primero, ubicar donde hacen su aparición los efectos de las diferencias entre *cuajo/descuaje* y otras entidades del cuerpo que surgen con la anatomización. El segundo, conceptualizar al *cuajo/descuaje* como la figura especulativa con la que Martínez Medina reflexiona sobre lo que esas diferencias desencadenan “en un mundo donde el peso de la realidad se distribuye asimétricamente” (22). En el primer pliegue, “Imposibilidad material del cuajo volteado”, Martínez Medina considera cómo desde la misma antropología se cimienta la imposibilidad material del cuajo, reduciéndolo únicamente a un constructo cultural que se traduce como creencia sin materialidad. Pero, como hemos visto en la propuesta del autor, *cuajo/descuaje* también se hace con las manos de las sobanderas. Comprender esto implica una *apertura ontológica*, siguiendo la propuesta antropológica de Marisol de la Cadena (2019, 2018), en la que aparte del cuerpo anatómico, también quepan en el cuerpo humano otros cuerpos con sus sensaciones y afecciones, que puedan invitarnos a otros afectos y prácticas aún por descubrir.

En el segundo pliegue, “Hígado y cuajo”, el autor considera los efectos de la diferencia entre cuajo, riñón e hígado. A pesar de hacerse a través de prácticas similares a las que se hace el riñón e hígado en la anatomización, el cuajo, que emerge con sobanderas, niños, manos, telas y aceites, cuando se encuentra con los primeros lo hace en un terreno donde se resalta que proviene de prácticas divergentes. La consecuencia más inquietante es que, en dicho terreno, la realidad de la anatomización pareciera reforzarse en la medida en que desaloja otras formas de hacer cuerpo, como el *cuajo/descuaje*, al obligarlas a suceder en relaciones en la que usualmente no ocurren como, por ejemplo, con ilustraciones, mediciones o disecciones.

Aquello inquietante se vuelve perplejidad en el tercer pliegue, “De vuelta al cuajo/descuaje”, momento en el que Martínez Medina centra sus esfuerzos especulativos en tomarse en serio la materialidad del *cuajo/descuaje*, con respecto al cuerpo anatómico, para no desestimar arbitrariamente la posibilidad de que el cuerpo sea más que anatomía y medicina alopática. Siguiendo a Isabelle Stengers (2005), otra de sus referentes predilectas, el autor nos invita a plantear la posibilidad de pensar en un cuerpo abierto a nuevas articulaciones, dentro de un marco cosmopolítico en el que anatomía y *cuajo/descuaje* puedan concurrir con sus propios términos y prácticas sin reproducir la asimetría que se establece de entrada, al determinar cuál de los dos es más o menos real. En dicho marco, cuya creación es todavía una tarea pendiente, que Martínez Medina se encarga de delinear a partir de su etnografía, la realidad del *cuajo/descuaje* —y por extensión de las sobanderas y sus prácticas— no podría ser anulada en nombre de la “verdad”, la “naturaleza” o la “ciencia” (248). No se trataría, entonces, de validar la realidad del *cuajo/descuaje* a partir del mismo tipo de operaciones y prácticas involucradas en la anatomización. La opción cosmopolítica sería la forma en la que el *cuajo/descuaje*, o cualquier otro tipo de entidad que es capaz de persistir a pesar de que su existencia es constantemente anulada en prácticas que le son ajenas, sea un motor que genere sus propias preguntas y nos permita en palabras de Martínez Medina: “aprender a imaginar lo imposible y ponerlo en práctica, recuperar la capacidad de extrañarse con la realidad” (250).

Por último, en el epílogo titulado “El cuerpo desplegado”, Martínez Medina recoge sus reflexiones etnográficas distribuidas en el libro, para invitar a estudiar el cuerpo como un evento capaz de producir sus propias preguntas y respuestas. Una de ellas es volver a la perplejidad del pliegue precedente y hacerla parte de una apertura, pues, como vimos, la existencia del *cuajo/descuaje* no se puede solucionar con las herramientas del anfiteatro. En esa apertura, interesaría a dónde nos pueda llevar esa entidad elusiva más allá de los propios límites del cuerpo en anatomización. En especial, reconociendo el tipo de afectos y prácticas a las que nos empujaría un cuerpo que puede sentir y pensar con el cuajo volteado, así no sea de la misma forma que lo hace una sobandera. Una cosa es segura, resalta el autor, y es que ello traería consecuencias para la antropología médica y la medicina. Para la primera, desenredarse por fin de la asimetría con la que aborda como “creencia” todo aquello que se desvía de la medicina y empezar a considerar en serio los demás conocimientos y prácticas. Con respecto a la medicina implicaría una práctica más arriesgada, que reconozca su carácter experimental e incompleto, de suerte que sus entidades y objetos sean motivo de preocupación, cuidado e interés y no simplemente hechos que deban ser defendidos a ultranza descartando otras posibilidades de existencia y ser.

Anatomización: una disección etnográfica de los cuerpos es un libro maravilloso. La audiencia que puede converger a su alrededor solo la puedo imaginar múltiple, tanto por su contenido como por las lecturas que puede suscitar gracias al índice analítico que ofrece al final y poco usual en publicaciones en español. Es un libro indispensable para quien se adentre en la etnografía de prácticas, pues

articula análisis y descripción de una manera ejemplar. En antropología médica, el libro consolida nacional y regionalmente un estilo de investigación marcado por la atención simétrica exhaustiva a las prácticas médicas, desobediente de las divisiones disciplinares entre dominios “naturales” y “sociales”. En antropología, el libro brinda una ilustración magistral de enfoques contemporáneos que nos van a acompañar por un buen rato, como los nuevos materialismos, estudios sociales de la ciencia y ontología política, a partir de un detallado estudio empírico.

Quizá esta última sea una de las mayores virtudes y limitaciones del libro, puesto que la profusión de referentes que componen el enfoque de Martínez Medina se vería beneficiado por un “enlentecimiento” en el que como lectores comprendamos cómo poner a dialogar enfoques que en otras latitudes han estado más bien separados, por ejemplo, fenomenología y estudios sociales de ciencia y tecnología. ¿Cómo se afectan mutuamente? ¿Qué nos dicen las prácticas de las experiencias y viceversa? ¿Qué sucede al ponerlos en situación en una localidad como Colombia? Es seguro que tanto fenomenología como estudios sociales de la ciencia sean ahora distintos para Martínez Medina, pero no necesariamente para quien lee. Lo mismo sucede con los nuevos materialismos que son una columna gruesa en la propuesta del autor. Por eso, en este punto, me parece relevante la reflexión de Michael Lynch (2013), para cuestionarnos si, necesariamente, una pregunta sobre la constitución práctica y material de entidades y objetos (ontología práctica) debe ir o no acompañada por el compromiso con una decisión preteórica, que asume una ontología general donde el mundo deviene ya sea como materia en intracción o material vital (nuevos materialismos). Un solo libro no podría abordar ni mucho menos resolver estas cuestiones, por lo cual hay que estar pendientes de los futuros trabajos de Martínez Medina y de otras investigaciones que, inspiradas por abordajes similares, cada vez toman más forma en el país.

Finalmente, volviendo a las palabras con que empecé esta reseña, *Anatomización: una disección etnográfica de los cuerpos* es toda una declaración política vigente en los debates nacionales sobre ciencia y tecnología actuales y venideros. Quizá no en los términos desgastados y equívocos a los que estamos acostumbrados en las ciencias sociales, sino más bien a través de una apertura que revaloriza y resalta el papel de las ciencias. Pero no desde visiones esencialistas que solo pueden imaginarlas como las “vigilantes de las buenas maneras ontoepistémicas” (249) dentro de prácticas que hacen una sola realidad. Más bien, y siguiendo las palabras del autor, desde lo que de hecho hacen las ciencias: es decir, produciendo realidades divergentes.

Referencias

1. Barad, Karen. 2007. *Meeting the Universe Halfway: Quantum Physics and the Entanglement of Matter and Meaning*. Durham; Londres: Duke University Press.
2. Bennett, Jane. 2010. *Vibrant Matter: A Political Ecology of Things*. Durham: Duke University Press.

3. De la Cadena, Marisol. 2019. "Uncommoning Nature: Stories from the Anthro-po-Not-Seen". En *Anthropos and the Material*, editado por Penny Harvey, Christian Krohn-Hansen y Knut G. Nustad, 35-58. Londres: Duke University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctv11318js.5>
4. De la Cadena, Marisol, Helene Risør y Joseph Feldman. 2018. "Aperturas onto-epistémicas: conversaciones con Marisol de la Cadena." *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 32: 159-177. <https://doi.org/10.7440/antipoda32.2018.08>
5. Deleuze, Gilles. 1989. *El pliegue: Leibniz y el Barroco*. Barcelona: Paidós.
6. Deleuze, Gilles y Félix Guattari. 2004. *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
7. Good, Byron J. y Mary-Jo DelVecchio Good. 1993. "Learning Medicine': The Constructing of Medical Knowledge at Harvard Medical School". En *Knowledge, Power and Practice. The Anthropology of Medicine and Everyday Life*. editado por Shirley Lindebaum y Margaret Lock, 81-107. Berkeley; Los Ángeles; Londres: University of California Press.
8. Lynch, Michael. 2013. "Ontography: Investigating the Production of Things, Deflating Ontology". *Social Studies of Science* 43 (3): 444-462. <https://doi.org/10.1177/0306312713475925>
9. Prentice, Rachel. 2013. *Bodies in Formation. An Ethnography of Anatomy and Surgery Education*. Londres: Duke University Press.
10. Serres, Michel y Bruno Latour. 1995. *Conversations on Science, Culture and Time*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
11. Stengers, Isabelle. 2005. "Introductory Notes on an Ecology of Practices". *Cultural Studies Review* 11 (1): 183-196. <https://doi.org/10.5130/csr.v11i1.3459>